

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS ESPEJO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA  
COMO ACADÉMICO NUMERARIO

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON ÁNGEL OLGOSO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO  
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA  
EL DÍA 19 DE OCTUBRE DE 2015

GRANADA  
MMXV

Esta publicación ha contado con una subvención de la  
Consejería de Economía y Conocimiento  
de la Junta de Andalucía.



*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
Apartado de Correos 1013  
18080 GRANADA  
<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org>  
*Imprime:* Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L., Granada  
*Depósito Legal:* Gr-1.309-2015

# DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS ESPEJO

La Granada de los otros  
y las letras inglesas



Excmo. Sr. Presidente  
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos  
Distinguido público, amigos todos:

A principios del verano de 1969, preparando mis exámenes de la reválida del sexto año de bachillerato en el colegio de los jesuitas en Málaga, en un momento de descanso me dediqué a zascandilear por los tránsitos y entré en la biblioteca, que estaba siendo reformada. Me impresionó un cuadro grande, una copia de la Coronación de Santo Tomás de Aquino por Zurbarán, que presidía la estancia, y, junto a una ventana que recogía la luz meridiana de un patio con palmeras, había un montón de libros sin colocar. Tomé uno, encuadernado en piel de color verde, y al abrirlo me quedé impresionado al ver que eran las obras completas de William Wordsworth en una edición de 1815. Mis conocimientos de inglés no daban para mucho pero pude percibir algo de esos versos, de unas tierras brumosas y húmedas, y puede que algo despertase en mi vocación de anglicista en unas latitudes más cálidas y donde, como escribiera Ortega y Gasset, “siguiendo la línea ondulante de la costa se entra en el imperio de la luz.” Ahora, al cabo de los años, y en la grata tesitura de tener que exponer mis reflexiones sobre un lugar y sobre algo de lo que de él se ha escrito, lo dicho anteriormente explica mi intención y mi interés, centrando estos, ya, en la ciudad en la que realicé mis estudios universitarios, donde ejerzo mi profesión y donde vivo, y donde compruebo muchas tardes la verdad de la Gacela IV de *El diván del Tamarit*:

*Granada era una corza  
rosa por las veletas.*

En todo quehacer filológico hay siempre una fijación precisa en la relación entre el espacio y el tiempo, entre la geografía y la historia, puntos estos, como el “cronotopo” de Bajtín para la narración, que rigen la textualidad, su transmisión y su permanencia. El método filológico, remozado con los avances de la lingüística de la escritura en sus diversas perspectivas que abarcan desde los aspectos meramente estructurales a los funcionales y cognoscitivos, se centra fundamentalmente en la consideración detallada, cuidadosa y fidedigna de la dimensión textual, de las unidades de significación complejas y referenciales, que poseen la fuerza de la ambigüedad. Esta ambigüedad del texto oscila, como precisaba Greetham, entre ser un lugar fijo y determinado como artefacto material y constituirse en una ubicación inefable de conceptos inmatriciales; entre la autoridad del autor con acceso directo al significado original y la interpretación del lector, que deviene significados en serie con derivación social; se trata de la permanencia del texto habitado por un único autor creativo y la continua negociación semántica, y su transmisión por parte de sus intérpretes; la solemne inmanencia de su representación escrita y la voluble y compleja discusión verbal que sobre ella se entabla. También, esta tarea que a veces puede parecer tediosa, labor auténtica del lector como detective, se inserta en la consideración constante del lugar y del tiempo, es decir, de la geografía y de la historia, de los espacios y del pasado, y sus correspondientes improntas en lo que se escribe y en lo que se lee. A esto hay que añadir otra consideración fundamental, que es la de la retórica, concebida

ésta en sus nobles orígenes y desarrollos que van desde los primitivos griegos, y Aristóteles como supremo hacedor, a los modernos enunciados de la argumentación. E insisto en esto pues, por *fas* o por *nefas*, suele confundirse la τέχνη ρητορικὴ con la coherencia verbal y el huero artificio de palabrería. La retórica, como manutención del razonamiento en silogismos de oposiciones, entimemas, y en su desarrollo de figuras y tropos, constituye la expresión exacta y necesaria que la labor filológica reconoce y explica. Por consiguiente, al tratar de comentar realidades de escrituras determinadas, considero apropiado mostrar los presupuestos mentales de los que parto.

He de continuar, por tanto, con un enfoque general que va encaminado hacia lo particular, para conseguir centrar algunas de las diferentes visiones que sobre la ciudad, Granada, y su historia se han producido en las letras inglesas, entendidas éstas como una metonimia de la dicotomía de “nosotros y los otros”, según Tzvetan Todorov, es decir, lo que pertenece a mi grupo y lo que está fuera de él. La idea fundamental crea perplejidad, pues nosotros somos los otros para las letras inglesas, según mostraré de forma sucinta, y a la vez ellos son los otros. Consecuentemente, aquí, en la escritura, nosotros somos los otros.

Me remontaré a la colección de anales escritos en la Inglaterra antigua, la denominada popularmente Crónica Anglosajona, concretamente en la versión escrita y continuada en el monasterio de Peterborough, que recoge entradas desde el año 60, durante la dominación romana, hasta el año 1154, ascenso al poder del anglo-normando Enrique II Plantagenet. Comenzaré con una referencia que hay en la entrada del año 778:

778. *En este año Atebaldo y Herberto mataron a tres capitanes: Eadful Bonsig en Kingsglef y Cynnewulf y Ecgan en Helathyrum el 9 de las calendas de abril y Alfwold se hizo con el reino y Etelredo llegó a tierra y reinó diez inviernos. Carlomagno entró en las Españas. Carlomagno venía de Sajonia y destruyó la ciudad de Pamplona y reunió a sus tropas en la ciudad de Cesaraugusta (Zaragoza) y tras haber aceptado los rehenes de los debelados sarracenos, a través de la Narbona de Vasconia, regresó a Francia.*

(Mi traducción)

Aquí, tras una sucinta referencia a los contenciosos de la heptarquía y su proceloso sistema de gobiernos, muy lejos a todas luces de una *entente cordiale*, se recoge un eco de las Españas que, como noticiario breve, pondría ya en los reinos anglosajones algo de lo que ocurría por estas tierras, difundiendo unos hechos, unos lugares y unos tiempos. Más adelante, en la entrada correspondiente al año de 1086, se lee algo más completo sobre esos otros reinos, los de aquí, *Ispanie*, como reza en el texto anglosajón:

1086. *También ocurrió en España que los paganos atacaban y asolaban a los cristianos y conquistaron mucho para su caudillo; pero el rey de los cristianos, que se llamaba Alfonso, envió misivas por todas las tierras y pidió auxilio, y hasta él llegó auxilio de todas las tierras que eran de cristianos, y se pusieron en marcha y mataron y expulsaron a todos los paganos; y recuperaron su tierra con la ayuda de Dios. Y el rey Guillermo falleció en Normandía al día siguiente de la Natividad de la Virgen.*

(Mi traducción)

El final de la entrada es la muerte del duque de Normandía, Guillermo el Conquistador, fundador de la nueva Inglaterra, re-romanizada. Es de señalar que en el texto del 778, el cronista anglosajón utiliza una crónica latina y aparece el término *Sarracenis*, “a los sarracenos”, para referirse a los musulmanes, mientras que en esta última entrada de 1086 se emplea la palabra *heþena*, paganos, lo que recoge una resonancia más antigua, como la que la Crónica Anglosajona usa para referirse a los enemigos invasores daneses, vikingos, que también asolaron los reinos ingleses desde finales del siglo VIII hasta la llegada de los normandos en 1066. Esta entrada hace referencia implícita a la invasión almorávide, al mando de Yúçuf y la unión de diversos reyes de taifas, como los de Granada, Málaga y Almería, y la ayuda cristiana que reúne Alfonso VI, con tropas de Sancho Ramírez de Aragón y caballeros de Francia e Italia, como explicaba Menéndez Pidal. Y por allí estaba también el Cid, que recibió dones del Emperador al reconciliarse ambos.

Pasados los años, la visión de la España musulmana no deja las letras inglesas y el testimonio es constante, como puede leerse ni más ni menos que en una de las obras más representativas y conocidas, y espero que también leídas, del medioevo inglés; me refiero a *The Canterbury tales*, de Geoffrey Chaucer. En el prólogo general de tan singular obra se presenta a los personajes del grupo de veintinueve peregrinos que se congregan en la posada del Tabardo en Southwark, al sur de Londres, para desplazarse hasta Canterbury y venerar en su catedral al mártir Santo Tomás Beckett. El primer personaje al que menciona el poeta al comenzar su relación de la condición y categoría de cada

uno de los peregrinos es un caballero, un hombre de armas, “de verdad y de honor, de libertad y de cortesía”, que había combatido en Letonia, y en Rusia, y en Prusia, y en la cristiandad y en tierra de paganos, *As wel in cristendom as hethenesse*, y así se especifica a continuación:

*In Gernade at the sege eek hadde he be  
Of Algezyr, and ridden in Belmarye.*

Es decir, que este valeroso caballero había estado en Granada, en el sitio de Algeciras, y en Benamarín, Marruecos. De nuevo aparece una referencia a España en una obra inglesa, pero ya en una literatura distinta, en una ficción poética, y completada probablemente después de 1386; ese caballero que ha campeado en la cristiandad y en la paganía se acerca al reino de Granada, y asiste al sitio de Algeciras, probablemente el emprendido por Alfonso XI de Castilla, el Justiciero, de agosto de 1342 a marzo de 1344. Es de suponer la importancia que tendrían, entre los reinos de la Europa cristiana, las noticias que llegaban de unos reinos en pleitos y guerras con los musulmanes, aunque éstos quedasen cada vez más reducidos territorialmente. El hecho es que la ficción de Chaucer recupera a un caballero en cuya hoja de servicios su nobleza de armas se ha probado en Granada y en Algeciras, ni más ni menos.

La guerra de Granada, la etapa final que concluye en 1492, también se refleja en escrituras varias de mayor o menor difusión como la noticia conocida, tras el estudio de José Gómez Soliño, sobre el manuscrito de William Wyndmondham, canónigo del priorato agustino de Kirkby que asistió a uno de las ceremonias de *Te Deum* celebradas

en Inglaterra. Cuenta el diligente sacerdote información probablemente transmitida por caballeros o soldados ingleses que estuvieron en su momento en el campamento de la Santa Fe. Como se ha hecho notar, la conquista de Granada supuso un aliciente tras la pérdida de Constantinopla ante el imperio Otomano y Europa celebró el acontecimiento. Algo similar ocurriría cuando Viena se liberó del asedio turco en 1623 y se multiplicaron los panegíricos y la celebración de ceremonias de *Te Deum* con tal motivo. Podemos imaginar la resonancia casi mágica y fantástica que tendrían esas relaciones en la Inglaterra de Enrique VII quien, por cierto, pasaría a ser consuegro de los Reyes católicos. Lo exótico de la corte nazarí, las costumbres desconocidas de unos pueblos orientales y africanos, los misterios de otra religión, las hazañas caballerescas y los éxitos militares se recogen en el manuscrito del agustino y constituyen un eco, escrito, de indudable interés. Ese exotismo, tan cercano y crucial en nuestras letras europeas, es el que despierta el interés por el otro, la búsqueda de “una estética de lo diverso”, como escribiera Víctor Segalen. Y de ahí se persigue la búsqueda del otro.

Habrían de pasar casi dos siglos para que Granada, la ciudad y su reino, apareciesen de manera más profusa en las letras inglesas. Y la ocasión será de gran importancia tanto para las letras inglesas como para el mismo reino de Inglaterra. Me refiero a la figura del poeta, dramaturgo y crítico John Dryden (1631-1700), quien en 1664 escribió el drama heroico *The Indian queen* y en 1665 *The Indian emperor*, ambos emparentados con la presencia española en el Nuevo Mundo, y el último más relacionado con la victoria épica de los españoles, los cristianos, frente a los

paganos, representados por Moctezuma. Se trata de un proyecto literario en el que hay una visión política muy potente: la de la monarquía cristiana, el proyecto de la monarquía hispánica, que de forma velada representa la restauración de la dinastía Estuardo, tras la Guerra Civil (1642-1648), la decapitación de Carlos I (1649) y la República de Oliver Cromwell (1649-1660). Y en esta línea ha de verse y entenderse que en 1670 John Dryden escribió una obra de teatro llamada *Almanzor and Almahide, or the conquest of Granada by the Spaniards*, en dos partes, que se publicaron en 1672 y en 1673. Ya puede decirse que Granada figura de manera novedosa, con presencia real, en las letras inglesas, con una obra que tiene mucho de romance y de drama histórico, de renovación poética y de afirmación política. El romance viene explicado por la relación entre el noble moro Almanzor, que resultó ser hijo del Duque de Arcos y que había sido raptado de niño, y la princesa Almahide, esposa del débil y fracasado personaje del rey Boabdil, con todo lo que un trío de estas características supone. El drama histórico es, obviamente, la consecución de unos hechos de la historia moderna, la conquista de Granada por los Reyes Católicos y su representación textual, con sus correspondientes fuentes históricas que pueden incluir entre otros a Ginés Pérez de Hita y al P. Mariana; la renovación poética es la puesta en escena, nunca mejor dicho, de una serie de patrones literarios que Dryden elabora y explica en su tratado de poética, “Ensayo sobre las obras heroicas” y en “Un ensayo sobre la poesía dramática de la época pasada”, publicados en la edición de la obra de 1673; y la afirmación política es la manera de entender la monarquía tras los años de la República de Cromwell, el

acercamiento a lo católico y la forma de la denominada monarquía hispánica y, en general, el alejamiento de todo lo que había supuesto la Guerra Civil y sus consecuencias. Todo esto es lo que, entre otras cuestiones, se proyecta en la Restauración de Carlos II en 1660. Ha de considerarse también el sentido militante del teatro, que en la República había estado prohibido. Teniendo en cuenta todo esto, se comprende bien la importancia del romance heroico de *Almanzor and Almahide*, que por razones bien fáciles de entender se conoce mejor por su título alternativo, *The conquest of Granada by the Spaniards*.

Si en el manuscrito del agustino de Kirkby se resaltan datos de interés que hoy llamaríamos periodísticos, con referencias de propaganda sobre la crueldad de los nazaries, o sus riquezas fastuosas en los palacios de la Alhambra y en la mezquita mayor, la obra de Dryden es un portento poético, casi cinematográfico, en su transporte dramático de los diversos personajes en la Alhambra, en el Albayzín, y el campamento de la Santa Fe. Dryden traslada a su verso heroico el acto de construir un espacio geométrico, un espacio vivido, las ideas de un espacio construido junto a un tiempo narrado, como explicó Paul Ricoeur: el espacio donde viven y habitan los personajes y el tiempo de la historia conforman una dimensión escrita de singular potencia.

Resulta cuando menos curioso imaginar cómo sería esa representación en el Teatro Real de la ciudad de Londres con un rico elenco de actores y actrices y cómo verían y entenderían ese público de la Restauración el exotismo de una ciudad de un reino aliado con ciertas concomitancias, al menos en esa época. Por un tiempo, Granada forma parte de ese imaginario estético y literario que en la Inglaterra de

los Estuardo y por medio de la potente escritura de Dryden, su verso heroico, trasciende unas anécdotas narrativas de cierto interés y se proclama un afán de construir una categoría histórica. ¿Cómo resonaría la historia de la Toma? En su escritura Dryden dispone una dramaturgia en la que en la segunda parte, acto V, se cuenta la supuesta invasión de la ciudad y Abdelmalik le dice a Boabdil:

[...] Apresuraos no para provocar sino para desviar al  
Destino: los enemigos han entrado por la Puerta de Elvira;  
La falsa Lindaraja ha traicionado a la ciudad  
Y los zegríes prestan ayuda a los españoles.  
[...] Ya han ocupado el Zacatín,  
Y de ahí han llegado hasta Bibarrambla.

Los personajes de la obra recogen patrones dramáticos muy reconocibles en su momento, como ocurre con la figura de Almanzor, quien en el tercer acto de la parte primera al ser provocado por Boabdil actúa con “la furia de Hotspur”, es decir igual que en la primera parte de *Henry IV* de William Shakespeare reacciona Henry Percy, el príncipe Hal, ante su padre Henry IV, según hace notar George Saintsbury en su monografía sobre John Dryden.

También puede ser sorprendente el imaginar la resonancia de esos topónimos para nosotros tan habituales, y parte de nuestra vida cotidiana, y pensar cómo resonarían en ese teatro de la Restauración, cómo se imaginarían esos espacios, que siglos más tarde otros ingleses, los viajeros románticos, se ocuparían de glosar y pasear, en sus viajes, pero esa es otra historia. Por cierto, y viene al caso, que la obra de Dryden no fue muy conocida aunque ya

en 1808 Walter Scott había editado la obra completa en 18 volúmenes y el mismo Richard M. Ford en su *Guía de España (Handbook for travellers in Spain)* de 1845, al escribir sobre Granada, en su prolija bibliografía sobre la conquista de la ciudad, no incluye *La conquista de Granada* por Dryden.

Volviendo a Dryden, otra cuestión de interés y digna de mención es la figura de la reina Isabel, quien aparece como una mujer decidida, empeñada en sus empresas, como se ve cuando habla en la segunda parte, en el acto I, en el campamento, se supone que el de la Santa Fe:

De triunfar en su búsqueda el valiente Colón,  
Y de encontrar esos lechos en los que los metales preciosos  
se crían [...]  
[Este reino conquistado] Que, rescatado de las manos de  
estos infieles,  
Se sacudirá ahora de esas dobles banderías,  
Y recuperado de una vez para la libertad y la verdadera fe,  
Su antigua religión y su antiguo Señor.

No es la reina sólo una mujer de poder y gobierno, sino también discreta auxiliadora de pleitos de amantes, y en ese mismo acto, al dirigirse a Benzaida, hija de Selín, y enamorada de Ozmín, a quienes ofrece su protección, Isabel entona un canto a Granada de especial factura:

Granada es famosa por grandes amores,  
Su mejor defensa se halla en sus enamorados.  
El amor es una pasión heroica que no puede encontrar espacio  
En mentes viles y degeneradas.

Aviva toda el alma con el fuego del honor,  
Para hacer al enamorado digno de su deseo,  
Contra tales héroes temería el éxito,  
De no tener aquí una hueste de enamorados.  
Un ejército de hermosas beldades me acompaña.  
Cada dama ve las acciones de sus criados,  
Los bellos y los valientes competirán a cada lado,  
Y vencerán quienes aman mejor.

Estos versos representan una visión compleja de un personaje, la reina Isabel de Castilla, y en ellos resuena cierto eco del romance caballeresco medieval, tan prolijo en la Inglaterra anglonormanda, que se impuso con fuerte influencia de la lírica francesa, y en especial de la poesía provenzal. La batalla del amor, el servicio a la dama, el ejército de damas, son todas improntas poéticas en un marco bélico que, puestas en boca de Isabel de Castilla por un poeta inglés, nos retrotraen a ese pasado tan heroico como romántico, en su sentido etimológico, en lo que tiene de representar el romance. Granada es pasto de las letras por ser campo de romance.

Como comentario complementario mencionaré la presencia del otro en nuestra ciudad, concretamente en nuestra Universidad, y en la influencia de esas páginas durante varias generaciones. Me refiero al manual de Hugo Blair *Lectures on rhetoric and belles lettres* de 1783, del que hubo varias ediciones de la traducción al español de Munárriz y del que se ocupó en su día con detalle y precisión Andrés Soria Ortega. Blair, aunque patriota escocés, fue siempre un gran defensor de las letras inglesas y, al decir de alguno, quien las inventó de manera normativa y canónica, tal y como se

entiende ese fenómeno de la consideración y tratamiento de autores, géneros y períodos en la historiografía literaria. Blair decía que las figuras literarias surgen de la “lengua sugerida por la imaginación y la pasión”, e insistía: “Que la naturaleza y la pasión hablen su propia lengua, y sugerirán figuras en abundancia”.

A principios del siglo XX, el corresponsal en Madrid del diario *The Times*, de Londres, el galés Leonard Williams, visitó Granada y dejó escrito un cuidado librito: *Granada. Recuerdos, aventuras, estudios e impresiones*, de 1906 (traducción de Fernando García Izquierdo, Diputación Provincial de Granada 1991). La visión de Williams no es la de un turista cualificado, ni la de un viajero al uso, sino la de un auténtico hispanista, autor de diversos libros sobre España y editor de autores españoles. Dedicó sus primeras páginas sobre Granada a comentar los misterios y milagros del Sacromonte, toda la historia de las supercherías de los arqueólogos falsificadores, la vida de los seminaristas y los pormenores de reglas y prohibiciones del internado. Williams tuvo cartas de recomendación para viajar por la Sierra y alojarse en el cortijo de San Jerónimo, adonde se desplazó guiado por un vecino de Huetor Vega, Pincho. En el cortijo, el guarda debía ser un hombre bien informado pues la primera noche le espeta, después de un rato, “si había terminado la guerra de los Boers”, y que le debía haber costado muchos cuartos al gobierno inglés. Williams describe la vida en el cortijo y la dureza de las condiciones de los labriegos, a los que llama “los esclavos”. La descripción de la Sierra es sencilla y llana, llena de admiración por el paisaje y su historia. Se describen las vistas desde diferentes oteros, y se reflexiona sobre el paisaje y el sentido de la distancia. En su disquisición

sobre las aguas y la diferencia entre los españoles, que las beben, y los ingleses, que las gozan físicamente, Pincho le informó de un sucedido en la laguna de las Yeguas:

A este respecto relatóme Pincho con torvo semblante que meses antes había guiado allí a unos oficiales ingleses los cuales, habiendo echado el ojo a la laguna, se desnudaron y se lanzaron de cabeza al agua. “Y ¿no se la bebieron también?”, le pregunté. “No, *señorito*,” me respondió con disgusto, “¿no sabe?, se habían traído una docena de botellas de una especie de coñac blancuzco.”

Esto de los baños ocasionales, comentaré, resulta recurrente y tradicional en los ingleses, pues la escritora Iris Murdoch y su marido el crítico y catedrático de Oxford John Bailey solían bañarse siempre que podían al pasar por cualquier corriente de agua en sus viajes por el Continente, como ellos mismos relataban.

Williams también se ocupa de las escuelas del Ave María, de sus orígenes y fundación; y describe un espacio abierto con bancos usado como aula, con suelo irregular de elevaciones y hondonadas: el mapa de España por el que deambulan los niños en clase de geografía práctica: “Ahora vete a Madrid”, dice el maestro y así de un sitio a otro. Se ocupa asimismo de una clase de ortografía, y hay hasta una glosa de las pizarras y su uso: un elogio, en suma, de la pedagogía manjoniana, que concluye con una entrevista con don Andrés Manjón. Escribe Williams, a la vez, de los gitanos de Granada, y dedica varias lí-

neas a *Chorro é Jumo*. Menciona la pragmática sanción de 1499 de los Reyes Católicos y las diversas situaciones del pueblo calé, y hasta cuenta una anécdota de cuatrerros y una pareja de la Guardia Civil. En su viaje a Guadix se entretiene a comentar:

[..] algunos cortijos blancos que no se diferencian mucho de las granjas de la Colonia del Cabo. [...] y recuerdo que vi esas mismas enrejadas viñas en Rodenbosh y en Constantia.

Hay una referencia al paisaje surafricano y al famoso vino de Constancia, que al parecer de los entendidos es una de las viejas e irrecuperables glorias, como ya en su día glosara de su excelencia y singularidad George Saintsbury.

Al llegar a Guadix, Williams describe la Puerta de San Torcuato y habla de la supuesta fabricación de navajas por las que tal población era famosa, según había leído en las notas del reverendo Townsend, su compatriota. Williams, según confiesa, lo único que saca de la antigua Acci, pues la catedral no le gusta, es un ejemplar de la *Crónica de los Reyes Católicos* por Pérez del Pulgar impreso en Zaragoza en 1567, y que compró al posadero por cuatro cuartos. El último capítulo del libro es “Noche en el Albaicín”, barrio que lo subyuga y por el que camina con curiosidad y admiración, y que vuelve a recoger la continuidad de las letras inglesas en su percepción: “Conozco un rincón del Albaicín hecho verdaderamente para la luz de la luna y el romance [...]”.

Concluye el autor galés su libro sobre Granada al atardecer, tratando de “La Alhambra a la luz de la luna”:

En este momento está la Alhambra verdaderamente  
solemne. Esta es la hora entre todas las horas: cuando  
la noche, desnudándose, arrastra su mano violeta sobre la  
Sierra oscura.

Pero no para todos ha sido, y es, Granada pasto de las  
letras y del romance en un sentido o en otro. A modo de  
conclusión referiré, no como anécdota sino como sucinta  
e implícita reflexión categórica, que el poeta T. S. Eliot  
vino a Granada de vacaciones en abril de 1951 y, según  
cuenta su biógrafo Peter Ackroyd, no se encontró aquí  
contento del todo pues se quejaba de que en España la  
cena se servía muy tarde, lo cual, para nosotros puede ser  
una ventaja, *hic et nunc*, aun a pesar de tener que lamentar  
la inexistencia de versos escritos por el eximio Nobel en  
nuestra ciudad: historia de una ausencia.

E igualmente que los peregrinos se dirigían desde Londres  
a Canterbury en los luminosos días de abril a finales del  
siglo XIV, “en compañía” y “en camaradería”, merced al  
generoso gesto de la Academia de Buenas Letras que me  
acoge con ese buen hacer de la escritura en sus diversas  
vertientes, desde la más creativa de la poesía y la narrativa  
y la dramaturgia, pasando por la crítica y el ensayo, hasta  
llegar al potente estilo del periodismo, yo me incorporo  
agradecido, con toda la pasión de la razón y el más noble  
de los afectos, y me uno a esta romería de las letras, a esta  
caravana de un abecedario intelectualmente vivo y social-  
mente inquieto, al que brindo servir con la mejor de mis  
intenciones y con los cumplimientos, deberes y obligaciones  
que de mí se pidan. ¡Vivan las Buenas Letras! He dicho.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS ESPEJO  
(Madrid, 1953)

Es catedrático de Filología Inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Tras cursar estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Granada, donde se licenció en 1975, completó su formación en varias universidades europeas y en los EE.UU, dedicándose a la enseñanza de la lengua inglesa como profesor de Instituto de Bachillerato, durante cuatro años, integrándose posteriormente como profesor de la Universidad de Granada, a tiempo completo. Su interés por los estudios lingüísticos, y más concretamente por la llamada lingüística de la escritura, la estilística y la retórica, surgió desde muy temprano, al traducir a Virgilio y a Homero en el curso de pre-universitario y en los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, y especialmente en la redacción de su tesis de sintaxis inglesa.

La lectura de los clásicos y el estudio de las incipientes teorías lingüísticas, que marcaron un aire de continuada renovación a los tradicionales estudios filológicos, no sólo fueron una clara y reveladora guía de método en su desempeño docente, sino que supusieron a la vez una forma diferente de contemplar el mundo, en especial el mundo del pensamiento y la expresión del mismo en la literatura como representación lingüística.

Participó en la fundación de la Asociación Española de Estudios Anglo-Norteamericanos, desde su primer congreso en 1977, y en la formación de la Asociación Española de Lingüística Aplicada en 1983, al igual que se incorporó a la Sociedad Española de Literatura General y Compa-

rada en 1985, y es socio de la “Poetics and Linguistics Association” desde 1987. De estas bases asociacionistas surgió y se consolidó un sentido del estudio de la lengua y su representación escrita en torno a la función de la traducción y a los modos del comparatismo; lo que ha sido una constante de método y de objeto de estudio. Ha sido profesor visitante en la Universidad de Leeds (R.U), en 1985, y en la Universidad Lingüística de Moscú, en 1992.

Su primera monografía fue un estudio de la narrativa inglesa, centrado en la estilística del discurso, los recursos lingüísticos contenidos y su representación escrita, *Estilística del discurso narrativo*, 1992. Posteriormente, su estudio sobre el discurso metafórico, *La metáfora*, 1993, supuso una revisión de las ideas lingüísticas más destacadas del siglo XX y una aplicación de las mismas a diversos aspectos de la lengua. *Retórica de la lengua inglesa*, 2002, es un intento de clasificar los procedimientos comunicativos del inglés actual a través de los sistemas de la retórica funcional; y en *El verbo con sentido. Diálogo sobre la retórica y su actualidad*, 2003, se lleva a cabo un diálogo al modo clásico sobre cuestiones de comunicación y expresión con referencia a asuntos de actualidad. Su vertiente más histórica, sobre aspectos lingüísticos y geográficos, se materializó en el libro *Las fronteras de los ingleses*, 2008, que hacía un recorrido por la extensión y expansión del pueblo inglés y su lengua. También colaboró en ediciones sobre poética contemporánea, como co-editor con José M<sup>a</sup> Pérez de *Approaches to the poetics of Derek Walcott*, 2001, y más tarde, en 2013, como co-editor con Rocío. G. Sumillera de *The failed text*, obra que recogía algunas de las contribuciones de un simposio internacional celebrado

en 2012 sobre el texto fracasado: amputaciones textuales, malas traducciones, obras incompletas, reescrituras fallidas y hasta géneros preteridos. En 2010 apareció su traducción de *La conquista de Granada por los españoles* de John Dryden, obra de singular valor en la literatura inglesa del siglo XVII.

Igualmente ha colaborado en diversos periódicos y revistas nacionales y extranjeros con estudios y ensayos sobre William Shakespeare y Antonio Machado, Pedro de Mexía y Christopher Marlowe, la innovación de James Joyce, la narrativa de Raymond Chandler, las novelas de Iris Murdoch, la prosa de Geoffrey Chaucer, la Biblia en Inglaterra, la ficción académica de David Lodge, la obra de Roman Jakobson, la figura de Robert Graves, la poesía y la prosa de José Antonio Muñoz Rojas y su relación con la literatura inglesa, la poesía anglosajona en la obra de Jorge Luis Borges, el género biográfico, diferentes consideraciones sobre diversos aspectos de la prosa inglesa de los siglos XVI, XVII y XVIII, y sobre los toros como espectáculo histórico y artístico.



CONTESTACIÓN  
DEL  
ILMO. SR. DON ÁNGEL OLGOSO



Excmo. Sr. Presidente  
Excmos. e Ilmos. Sres. y Sras. Académicos  
Señoras y Señores:

**E**L lenguaje es la vida; no la cifra de la vida, sino la vida misma. Sin lenguaje no hay nada. Su magia lo es todo: uno dice manzana y la manzana ya cuelga del árbol o brilla entre los dedos. La potencia genésica y embaucadora de las palabras es tal que puede convocar incluso la más pura belleza y el horror más extremo. En el ejercicio literario, la búsqueda de cada palabra supone crear un universo o, al menos, si se engasta con precisión en el discurso, destilar una gota de ámbar puro, una resina donde late viva la experiencia del mundo.

José Luis Martínez-Dueñas Espejo, el compañero que hoy acogemos con enorme placer en el seno de la Academia de Buenas Letras de Granada, ha tratado de abarloar la lingüística a la realidad del hecho literario, defender su soberanía indiscutible incorporando lo que la dimensión retórica supone de riqueza expresiva, entender los mecanismos que rigen nuestro proceso lector, los poderes que posee el lenguaje, con sus formas y sus tropos, para representar lo real o desentrañarlo.

En su labor de detective filológico, en sus variados trabajos sobre comunicación y procedimientos verbales, José Luis Martínez-Dueñas ha estudiado no sólo la insoslayable expansión de la lengua inglesa desde la frontera móvil de su isla –lengua que es a la vez signo material y simbólico, de identidad y de reconocimiento–, sino temas mucho más apasionantes para los escritores que abogamos por una prosa que tenga sabor, musicalidad, que no desaparezca durante

la lectura, que cuente con todas las posibilidades de una paleta de color, temas como la retórica, la metáfora o el texto fracasado. Su vocación anglicista, en cuyas aguas se mueve a sabor, ha producido brillantes ensayos sobre autores que son pilares de la literatura universal, Shakespeare, Joyce, Chandler o Graves. Pero también ha enhebrado el hilo finísimo de la textualidad sobre tapices hispánicos (y granadinos, como acaba de demostrar con su breve, riguroso e iluminador discurso acerca de la visión que de nosotros y de nuestra ciudad tienen las letras inglesas, o con su traducción del libro de John Dryden del siglo XVII *La conquista de Granada por los españoles*), aunque esas puntadas las haya dado sobre figuras menos significadas pero muy interesantes, como José Antonio Muñoz Rojas o Pedro de Mexía, autor de ese fantástico florilegio, *Silva de varia lección*, al que me permití homenajear en mi librito *Almanaque de asombros*. No obstante, la curiosidad de José Luis Martínez-Dueñas busca incansablemente, desborda los paradigmas y puede posarse con tanta soltura y amenidad sobre el espectáculo taurino como sobre la obra de Roman Jakobson (pesadilla que mortificó a no pocas generaciones de estudiantes universitarios) o sobre los vikingos, sus crónicas y fuentes, sus topónimos y patronímicos, sus invasiones y rivalidades dinásticas. Eso es misión y no juego gratuito, como decía Cortázar de la ciclópea obra de Lezama Lima. Para labores filológicas así parece tener la clave José Luis Martínez-Dueñas, en liza continua con el esfuerzo interpretativo del texto, con sus actos de comprensión de la realidad de los libros, ya sea del universo poético de Derek Walcott, de la prosa de Chaucer o de la Biblia en Inglaterra.

Al transitar algunos de los numerosos senderos que José Luis Martínez Dueñas ha desbrozado, además de las tramas textuales fallidas, su fractura, simplificación, abaratamiento o anacronismo, me ha interesado sobremanera su acercamiento a la retórica. El epicentro de sus investigaciones es, me parece, la fascinación por el sonido de las palabras y por el ritmo de las frases, por los encantos de una escritura que sin ir en detrimento del sentido, contribuya al carácter musical de la prosa. Alguien a priori tan poco sensual como Borges, escribió que “el equilibrio entre la respiración y la frase, la lectura y la escritura son de los pocos goces verdaderos de este mundo”. No resulta desatinado afirmar que cada artículo, que cada libro de José Luis Martínez-Dueñas es el embozo de una reivindicación del arte de la retórica. En efecto, tengo el convencimiento de que la literatura sólo ha de rendir vasallaje a la altura poética de una obra, de que el escritor no está sujeto a otros límites que el juicio estético. En su nada fácil oficio de brujo con la lengua, un escritor que se precie busca depurar los vocablos hasta conseguir los 24 quilates, busca la belleza perenne en las palabras lavadas, en las conexiones del pensamiento, en el tintineo de la expresión al entrechocar armoniosamente con el sentido. Un escritor no debe ser como un arpa eólica, que sólo emite algunos bellos sonidos sin ejecutar ninguna melodía, debe conceder a las palabras una dignidad de carta de nobleza, la calidad de lo verdaderamente real. Platón acusó a los poetas de sacrificar la verdad siempre que surge la alternativa de escoger entre la belleza y lo verdadero. Pero el filósofo ateniense no reparó en que para los poetas la belleza constituye una verdad en sí misma. Como digo, la exigencia estilística anhela convertir la frase en un ob-

jeto nuevo, en una pequeña joya labrada con el cincel de un lenguaje que colorea o diluya los matices hasta lograr un profundo contagio anímico. No otra cosa argumentaba T. S. Eliot al afirmar que el poeta está haciendo posible para los otros un mayor rango de emoción y percepción.

José Luis Martínez-Dueñas, en páginas eruditas que brillan con una profundidad no exenta de ironía y contundencia, en las que su eficacia se acrece, clama contra el desprestigio de la retórica (que es la ciencia del habla, de la escritura y de la lectura), contra su incuria y su olvido, contra su consideración de disciplina anacrónica, hecho lamentable que comenzó con el Romanticismo y su defensa a ultranza de la originalidad y la ausencia total de normas, pero sin la cual, desde entonces, quizá los textos literarios no han hecho sino volverse más pedestres, ramplones e irrelevantes, empobrecerse de referencias, de vibración y plasticidad, de organización semántica, de elocuencia, en definitiva, de todo lo que las artes compositivas tienen de asilo del pensamiento libre, aunque parezca una paradoja. La retórica detenta valores polimórficos, elevados, imperecederos me atrevería a decir, más allá de los puramente ornamentales: sería como contraponer la fulgente pureza de las volutas de un fósil, perfectamente logradas, a una informe roca de lava. Nadie lo ha dicho mejor que Alfonso Reyes: el arte literario es un juego de espuela y freno parecido a la equitación. Al mismo tiempo que se duele de la paulatina desaparición de la retórica como parte de la escritura, de la convicción y la persuasión, de la armonía entre forma y contenido, de la elegante gestión de la expresión, José Luis Martínez-Dueñas no deja de burlarse de los ejercicios *post-mortem*, de los rescates arqueológicos que de los tex-

tos literarios se realizan en los ambientes académicos, y enfatiza documentadamente la perversidad de considerar a la retórica como una ciencia abstrusa, arcana y periclitada. Por el contrario, la función de esta disciplina es transmitir de la manera más precisa las sutilezas, las profundidades, los semitonos, las sinuosidades del pensamiento humano. Toda coartada de la retórica resulta lícita si un autor utiliza sus recursos para que la fricción entre esas dos piedras –la del autor y la del lector– acabe prendiendo un fuego placentero, confortador, excelso, sagrado. El ser humano necesita fabular, pero también explicarse, reinterpretarse, compartir sus experiencias y sus reflexiones, pugnar contra el desistimiento de la inteligencia, elevar la calidad de sus semejantes con la comunicación quintaesenciada de la poesía o del arte, contribuir a que sean más complejos y tengan una visión más sutil de la realidad.

Escribir es participar de un misterio, y sobre el misterio de los discursos literarios bien armados, prístinos, indelebles es sobre el que arroja luz José Luis Martínez-Dueñas con solvencia, curiosidad, pasión y una fructífera capacidad de estudio.

Con tal bagaje y tales méritos, no me cabe sino el honor de darle la bienvenida, en nombre de sus nuevos compañeros de esta institución, a la Academia de Buenas Letras de Granada, una de esas distinciones que hay que recibir con la alegría de un niño y ataviado con una capa de irónica modestia. Muchas gracias por su atención.



Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada  
el 14 de octubre del año 2015,  
en el LXXV aniversario de la muerte  
de la novelista Helen de Guerry Simpson,  
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez,  
Bibliotecario de la Academia.

Granada,  
MMXV